

*de los cielos no te pueden contener, ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?*

Si después de leer esto se me enfada algún católico porque no voy á misa ni entro en la Iglesia, le entrego al brazo secular de Salomón, para que le meta unas cuantas onzas de sabiduría en el cuerpo. ¡Ir yo donde el mismísimo del infundio de Gabaón dijo no estaba ni podía estar Dios! ¡Pues no faltaba más! Yo siempre procuro rodearme de buena compañía, como es la de Dios. Por eso lo busco en los cielos de los cielos y me río del que cree tenerle metido en una urna más ó menos dorada.

Hecha la dedicación del Templo, Jehová, agradezco al que le había preparado buen alojamiento, creyó de su deber hacerle una visita. De cuantas veces Jehová descendió de los cielos para hacer revelaciones, ninguna encuentro tan oportuna y justificada como esta. Procediendo de otro modo, hubiera cometido una descortesía indisculpable.

Presentóse, pues, en debida regla, y dijo al rey:

*Yo he oído tu oración y tu ruego que has hecho en mi presencia. Yo he santificado esta casa que tú has edificado para poner mi nombre en ella para siempre, y en ella estarán mis ojos y mi corazón todos los días.*

Algo más le dijo, pero esto es lo substancial: lo demás son ringorrangos oratorio-jehováticos. De aquí parecía deducirse que el templo de Hiran había de durar para siempre: al menos el texto no admite réplica: *siempre, todos los días*. Así lo creo yo, que me importa poco: así lo creyeron los judíos, que les importaba mucho. Pues bien: los judíos se llevaron un camelo. Yo no me he llevado nada, porque estoy acostumbrado á que Jehová sea un poquito corrido de palabras.

De este templo, que había de durar para siempre, los caldeos no dejaron piedra sobre piedra. Verdad es que la mayor parte de él era de ma-

dera. Y de otro que se alzó más tarde, tampoco dejaron rastro los romanos. Hoy, destronado Jehová por Alah en Jerusalem, sobre la era del Jebuseo donde se levantaron los templos, pacen las yeguas de los dominadores árabes y rebuznan los horricos de esclavizados hebreos.

¡Fiate de palabras de dioses y no te defiendas, que te verás como el judío en su casa!

## LI

Después de la visita de Jehová, recibió Salomón otra, si no tan honorífica, quizá, en mi humildísima opinión, más entretenida y confortable.

Fué el caso, que una Reina de Seba, habiendo oído hablar tanto de Salomón, de su talento, sabiduría, riquezas y buen gusto, sobre todo en el *Ars amandi*, que aún no había escrito Ovidio, sintió prurito y entró en comenzón de echar un viajecillo á Jerusalem para conocerle y probarle.

Suplico al lector que no forme malos juicios acerca del verbo *probar*, espada de dos filos que dejo subrayada, por la sola razón de ser textualmente bíblica. El sagrado texto dice, en efecto, que la Reina de Seba probó á Salomón, pero en evitación prudencial de suposiciones malévolas, añade que lo probó con preguntas. Y de esta manera, cualquier persona puede probar á otra, sin cometer ni aun el más ligero pecado venial, por lo que dejo en punto de caramelo la buena fama y nombre de la susodicha Reina de Seba, porque el ser curiosona y andariega esta coronada mujer, no empaña la limpieza y transparencia de la intención honesta que es de suponer la moviese á visitar á Salomón.

Declaro que no llega mi erudición geográfica al extremo, ni siquiera al medio, de determinar al lector donde estuvo situado el reino de que fué reina esta señora Reina de Seba, visitadora salomónica, ni cuales eran los límites del tal reino,

ni cuántos sus habitantes, ni qué color tenían. Pero consta—siempre por el testimonio infalible del señor Espíritu Santo—que ella llegó á *Jerusalén con muy grande comitiva, con camellos cargados de especias, y oro en grande abundancia, y piedras preciosas*, de todo lo cual dió sin tasa al rey Salomón, después de probarle á satisfacción, con las preguntitas de que he hecho mérito, por supuesto.

Salomón, que en este pasaje bíblico es un tipo que afila los dientes de todo hombre sensible, aun de un librepensador tan republicano como yo (que declaro honradamente no recibiría mal á ninguna Reina de Seba que viniera á probarme con preguntas y se trajera de añadidura una recua de camellos tan bien cargados como los que usaba aquella curiosa señora), Salomón, digo, cuando llegó la hora de la despedida se portó como un hidalgo caballero, pues tras de dar á la Reina *todo lo que quiso* (textual) y todo lo que pidió (textual), se lo dió *como de mano del rey Salomón* (textual también).

Ni aun estas enrevesadas frasecillas me consienten suponer en la visita de la Reina de Seba otra cosa que curiosidad, pura curiosidad, porque el Espíritu Santo no se anduvo jamás en remilgos cuando tuvo algo crudo que decir. Además, como no indica que fuera guapa y joven, cualquier católico interpretador puede suponerla honradamente vieja, fea y desdentada, pues el ser reina de un reino que no consta en la Geografía de Reclús con límites determinados, no creo yo que sea incompatible con nacer una mujer fea, llegar á vieja y perder la dentadura. Y hecha esta suposición, perfectamente canónica, toda deshonestidad en la visita, queda desvanecida por el reconocido buen gusto del sabio Salomón.

Tras la visita de la Reina de Seba, nos cuenta el *Libro de los Reyes* una serie de grandezas de Salomón, que hacen la boca agua, no ya á un

caballero particular y fisgón, como yo, sino á todos los reyes habidos y por haber en este pica-ro mundo sublunar, donde tanto se miente y exagera.

No quiero pasar por alto estas grandezas y voy á consignarlas, para que rabien al hacer comparaciones todos esos reyes de tres al cuarto, que se dan tono con verdaderas nonadas en Africa y Asia, si por acaso pasan su *real* vista por estas *Notas*.

*Tenia Salomón de renta anual* (ignoro si esta renta era líquida ó en bruto) la friolera de *seiscientos sesenta y seis* (tres seises casualmente) *talentos de oro, sin contar lo de los mercaderes y de la contratación de especias, y de todos los reyes de Arabia, y de los principales de la tierra.*

*Hizo también el rey Salomón doscientos paveses de oro... asimismo trescientos escudos de oro... un gran trono de marfil, el cual cubrió de oro purísimo.*

*Seis gradas tenía el trono, y lo alto de él era redondo por el respaldo: y de la una parte y de la otra tenía apoyos cerca del asiento, junto á los cuales estaban colocados dos leones. Estaban también doce leones (y dos catorce, toda una leonera), puestos allí sobre las seis gradas, de la una parte y de la otra; en ningún otro reino se había hecho trono semejante.*

*Y todos los vasos de beber del rey Salomón eran de oro, y asimismo toda la vagilla de la casa del bosque del Libano era de fino oro; no había plata: en tiempo del rey Salomón no era de estima.*

Confieso que si fuera rey, al leer esto me avergonzaría de lo muy á menos que el oficio ha venido. ¿Dónde, dónde existe en el día un rey que beba en vasos de oro, tenga centenares de paveses y escudos de oro, posea un trono de marfil con catorce leones, disfrute tamaña renta y haya conseguido hacer desestimable la plata? De ser

todo esto verdad, como católicamente lo es, fuera cosa de desesperarse por no haber nacido judío del tiempo de Salomón, el hijo de David el pastorcillo que anduvo buena parte de su vida á salto de mata, durmiendo en cuevas y acampanando en peñascales: porque yo considero mayor milagro que el de pararse el sol por orden de Josué y partirse el mar delante de Moisés, este lujo y desbarate de riquezas en un pueblo, al medio siglo de elegir por rey á Saul, aquel mozancón que buscando unas burras topó con un trono.

Pero como no soy rey, ni siquiera católico, que lo es cualquiera, no me avergüenzo de leer esto, ni para mí todas estas exageraciones significan otra cosa que la realización, en el pobre judío que lo escribiera, después del cautiverio de Babilonia, de este refrán castellano: *soñaba el ciego que veía y soñaba lo que quería.*

Y para que te convenzas, lector, de que yo soy comentarista leal y desapasionado, voy á ponerte de relieve ante los ojos un parrafillo, para los católicos despreciable, de este capítulo tan *exagerado*, digámoslo así, que tiene cierta miga muy librepensadora. Dice así:

*Porque el rey tenía la flota que salía á la mar, á Tharsis, con la flota de Hiran: una vez cada tres años venía la flota de Tharsis, y traía oro, plata, marfil, simios y pavos.*

Tharsis estaba en Oriente, y como Tiro, donde reinaba Hiran, estaba en el Mediterráneo, y entre el mar Mediterráneo y el Rojo (golfo de los mares de Oriente) se extendía el famoso istmo de Suez, es de preguntar: ¿por dónde pasaban á los mares de Oriente las flotas de Salomón y de Hiran? ¿Pasaban por encima de los arenales del istmo? Si lo primero, ¿por qué los portugueses están tan orgullosos de su Bartolomé Díaz por haber descubierto el cabo de Buena Esperanza y tan finchados con su Vasco de Gama por haber arribado á las Indias? Si lo segundo, esto es, si

hubo la mano de gato del milagro, ¿por qué Dios le hacía, así para el santo Salomón como para Hiran, el padre de los excomulgados masones?

¿Ha escrito, al escribir esto, un dislate más el Espíritu Santo?—No, lector discreto, no le ha escrito.—No certifico que fuese el Espíritu Santo, pero el judío que consignó este hecho, de ir las naves de Salomón á Tharsis, no mintió, no dijo una cosa imposible. Lo que hizo fué ser un historiador de poco fuste, que nos dejó *in albis*, probablemente por ignorancia, de una cosa grande que habían hecho los egipcios, sin la más mínima intervención de Jehová, ni de Moisés, Josué, Sansón, y demás gente elegida, sabia y milagrosa salida de los lomos de Abraham. Esta cosa fué un canal, que partiendo de Bubastis, un poco más arriba de donde hoy está el Cairo, iba, alimentado por agua del Nilo, hasta la ciudad de Potamos, situada donde ahora está Suez, sobre el mar Rojo. Gracias á esta obra gigantesca, en que no habían tenido participación alguna Jehová y su gente circundada, las flotas de Hiran y las de Salomón que las acompañaban, podían, saliendo de Tiro, meterse por una de las bocas del Nilo, llegar á Bubastis, entrar en el Canal, y después de atravesarle en poco más de una semana, desembocar en el mar Rojo y marcharse á la India y traer de allá oro, plata, simios y pavos. Esto de los pavos, sobre todo, es característico de la India, casi tan característico como la ignorancia y pequeñez de la *Santa Biblia*, que en vez de decirnos cómo tenía las espaldas Jehová cuando le vió Moisés pasearse sobre un embaldosado de zafiro, nos podía haber enseñado cómo y cuándo hicieron este canal los egipcios. Se lo calló; pero afortunadamente suplieron su silencio Herodoto y Diodoro de Sicilia, historiográficos puramente humanistas y librepensadores, que habiéndonos contado por menudo lo que era el canal este, nos impiden en el día poner en cua-

rentena la noticia bíblica de las naves de Salomón, que hacían viajes de tres años á Tharsis.

Observa aquí, lector imparcial, el verdadero valor de la *Biblia* en sus mejores pasajes: es un documento histórico que sirve de ratificación y prueba de otros. ¡Bonito papel para la obra predilecta é imperecedera de Jehová!

Considera lo que serían los judíos salomónicos, á pesar de su trono-leonera: van á Tharsis guiados por Hiran, y por caminos abiertos por los faraones. ¿No te dice esto bastante para tenerlos por unos segundones despreciables de la humanidad, excepto en el punto preciso de haberla encalabrinado con sus ensueños teológicos?

## LII

Pero si Salomón no era un sabio, en cambio tampoco era un modelo de castidad, que digamos; y ¡váyase lo uno por lo otro! Ni por esto, ni por aquello han de dejar de llamarle sabio y santo los católicos... y rueda la bola de la tontería humana.

Atención á la *Biblia*, guardadores del sexto mandamiento: oído al parche célibes presbíteros y continentes monaguillos, que habla la propia persona del Espíritu Santo.

*Empero el rey Salomón amó, á más de l hija de Faraón, much s mujer s extranjeras: á las de Moab, á las de Ammón, á las de Idumea, á las de Sidón y á las Hetheas: gentes de las cuales Jehová había dicho á los hijos de Israel: no entrareis á ellas, ni ellas entrarán á vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestro corazón tras sus dioses. A estas pues se juntó Salomón con amor: y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas.*

Me declaro impotente para comentar este apetitoso pasaje. ¡Reprenderé á Salomón por propiarse la racioncita de mil mujeres, que distribuidas conveniente y matemáticamente entre los

días del año, hacen á tres por noche, con sólo descontar algunos días, destinados á los hastíos ó calenturas, diarreas, dolores de muelas é inflamaciones hemorroidales del elegido de Jehová? Me guardaré muy bien de hacerlo. ¿Quién responde de que yo en su caso, sin ser sabio, ni judío, ni rey, sino un castellanote franco y despreocupado, muy republicano y muy aficionado á lo bello, no haría otro tanto? ¿Le aplaudiré? Tampoco, porque verdaderamente me da pena de las pobres moabitas, ammonitas, idumeas, sidonias y heteas que tanto le gustaban á Salomón; pues es claro que, mientras él tenía mil mujeres, ellas habían de contentarse con la milésima parte de un marido, y ¡vive Dios! que no ofenderé yo á ninguna de aquellas buenas mozas, suponiendo que con tan exígua fracción marital quedaran satisfechas.

Quédese, pues, esto así, ni aplaudido, ni censurado, pero conste que me espanto de pensar en lo que sería por dentro la casa de Salomón, con mil mujeres esperando un día de cada año. ¡Qué grillera, santos cielos, podría compararse á aquel menaje! ¡Ni qué fábrica de tabacos igualárasele en las tremolinas que armarían las mil rubias y morenas por si me toca ó no me toca el turno!

¡Adelante, pues, con los faroles salomónicos!

*Y ya que Salomón era viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos: y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios como el corazón de su padre David. (De lo perfecto del corazón de David, ya, lector, estamos al cabo de la calle.) Porque Salomón siguió á Astaroth, Dios de los sidonios, y á Milcom, abominación de los ammonitas. E hizo Salomón lo malo en los ojos de Jehová, y no fué complidamente tras Jehová como David su padre. (Por esto sin duda no asesinó á los maridos que le estorbaban, como el pobre Uria; ni encargó á la hora de su muer-*

te que degollasen á sus mejores amigos.) *Entonces edificó Salomón un alto á Chemos, abominación de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén.* (Este monte es el famoso monte Olivete, donde sudó sangre Jesucristo, descendiente de este Salomón, que le consagró al Dios Chemos, de quien sólo sé que era chato y de abultados morros.) *Y á Moloch, abominación de los hijos de Ammón.*

En honor de Moloch me parece que se tostaban los chiquillos, casi por el mismo procedimiento que ahora se asan los marranillos en la famosa casa de Botín, que encuadro en estas notas, en honor de las tres generaciones de madrileños que en ella se han quitado el hambre.

*Y enojóse Jehová contra Salomón...* ¡Pues hubiera estado de ver que no se hubiese enojado! ¡Muy bien hecho, sí señor, muy bien hecho! Yo mismo, que he reprendido tantas veces en Jehová los enfados y rabietas á que, tan sin ton ni son, solía entregarse, ahora no puedo menos de aplaudirle por su enojo contra Salomón. Lo que es como á mí me hubiese hecho la perrada que le hizo á Jehová, en caso de éste, le cuezo vivo. Pues ahí es nada lo del ojo, y, como dice el refrán, lo traía en la mano. Elegir un hombre, hacerle rey, concederle todo el oro, plata y piedras preciosas que había en la tierra, llamarle á Gabaón é infundirle la sabiduría en un *biribis* interin dormía, dejarle construir un templo, un palacio y una casa de recreo, enviarle la visita de la reina de Seba, aguantarle mil mujeres, y recibir en pago la ofensa horrible de verse pospuesto á un Chemos morrón, á un Ammón cornudo, y á un Moloch en forma de tostadera, reconozco que no era cosa de que lo aguantara el omnipotente y cascarrabias Jehová.

Y no lo aguantó, no, lector querido; no lo aguantó. El que, por ver un tantico olvidaba su autoridad, soltó las cataratas del abismo y aho-

gó á todo el género humano; el que por truecos de discutible buen gusto arrasó á Sodoma y Gomorra; el que affigió á Egipto con tantas plagas porque los faraones no se dejaron engañar con las palabras relamidas del tartamudo Moisés; el que por meterse en belenes revolucionarios abrió la tierra para que se tragase á Dathan y Abirán; el que había hecho apedrear á tantos pobretes israelitas por el menor descuido en los detalles del culto; el fuerte, el celoso Jehová, enarcó las cejas, levantó la diestra, abrió la boca, y dirigiéndose á Salomón le dijo:

*Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé el reino de ti, y lo entregaré á tu siervo. Empero no lo haré en tus días, por amor de David tu padre: romperélo en la mano de tu hijo. Sin embargo no romperé todo el reino, sino que daré una tribu á tu hijo por amor de David, mi siervo, y por amor de Jerusalén que yo he elegido.*

Atónito me deja esta mansedumbre del señor Jehová. ¡No te reconozco, Dios de mis comentarios, no te reconozco! ¿Qué se han hecho tus bríos? ¿Qué ha sido de aquel aliento abrasador con que reducías á cenizas al osado que urgase la orla de tu manto? ¿No te atreves con Salomón por ser rey? ¿O por ser sabio? ¿Qué te respondió tu elegido al oír la sentencia?

Yo no lo sé, porque no te dignastes hacerlo constar en la *Santa Biblia*, pero me lo presumo. Con su profundo excepticismo, y con su sorna habitual desde el infundio de Gabaón, es lo más probable que el que más te ofendió de todos los hombres, pues te equiparó con Chemos, después de levantarte un templo, te replicase: ahí me las den todas, buen Jehová. Porque es bíblicamente auténtico, que á pesar de sus mil mujeres y su docenita de dioses para alternar, *Salomón reinó en Jerusalén sobre todo Israel cuarenta años.* Y

*durmió Salomón con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de su padre David; y reinó en su lugar Roboam su hijo.*

¡Duerme en paz, santo y sabio rey, con cuya faz rubicunda y satisfecha los católicos adornan los techos de sus iglesias, y desde el alto cielo en que resides, después que se dió suelta á los apriados por la Hidra en el seno de Abraham, mira con un poco de bondad, siquier sea en desagravio de tus setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas, á cierto pobre jesuíta conocido mío, que admirándote mucho por tu sabiduría, se devana los sesos para justificar su castidad, absolutamente tonta.

## LIII

Comentadas llevo las vidas y relatados los milagros de los tres primeros reyes de Israel, que fueron, si no lo has á mal, lector querido, tres solemnísimos bribones, ya que al buen Jehová, que de la nada les había sacado y puesto tan en espetera, le dieron cada disgusto y cada sofocón que el pobre Dios se encontró en más de tres ocasiones sin saber por donde tirar, ni qué hacer con ellos.

Saul se le fué á consultar á la pitonisa de Endor; David se le escurrió en lo de Uría; á Salomón no hay por donde echarle mano sin topar con algún vicio. Pues con todo esto, si lo meditas despacio, estos tres señores fueron las únicas personas medio decentes que ocuparon el trono aquel que parecía una leonera: los que después de ellos en él se sentaron, constituyen una verdadera galería de canallas y rufianes con corona.

Y como, por una parte, mi espíritu republicano parece como que se goza en tirar de la manta con que hasta el presente el diablo sin duda ha procurado tener tapados los vicios, crímenes, embustes y trapacerías de los reyes, y por otra,

yo no dejo ninguna de mis afirmaciones sin probar, voy á la ligera á retratar la gentecilla que, con cetro en la mano y diadema en la cabeza, dominó, explotó, estrujó, gobernó, escandalizó, y, por fin, entregó al extranjero al pueblo escogido de Jehová.

Comienza el desfile.

\*  
\* \*

ROBOAM. A la muerte de Salomón, el pueblo se congregó en Sichein para proclamar por rey á su hijo Roboam. Quejóse el pueblo de que Salomón le había gravado con muchas gabelas y pidió humildemente que se le aliviase algún tanto. El botarate de Roboam consulta primero á los ancianos y luego á los jóvenes, no menos botarates que él, y por consejo de éstos responde neciamente á los peticionarios: *Mi padre agravó vuestro yugo, pero yo añadiré á vuestro yugo: mi padre os hirió con azotes, mas yo os heriré con escorpiones.*

Al oír esta estúpida respuesta (bien que estúpida, esta contestación de Roboam, declara la *Biblia* que se la inspiró Jehová), diez tribus de Israel se llaman andana, se congregan aparte, y se dan por rey á cierto mancebo de historia, llamado Jeroboam. Roboam, como el gallo de Morón, vuelve á Jerusalén sin plumas, pero cacareando, y envía ejércitos contra Jeroboam, que se los derrota y constituye un reino independiente, cuya capital fué primero Sichein, y después Samaria.

Como este estúpido comienzo fueron los diez y siete años que reinó Roboam, durante los cuales la idolatría triunfó en toda la línea, *y hubo también sodomíticos en la tierra.* Por añadidura Sísac, rey de Egipto, atacó á Jerusalén y entrándola á saco, se llevó todos los tesoros del templo y del palacio, incluso los famosos escudos de oro que hizo Salomón, los cuales Roboam susti-

tuyó por otros de... similar... ó de imitación. Después de lo cual, Roboam, descansada la cabeza, y sereno el corazón, durmió con sus padres, que es la perífrasis que usa constantemente la *Biblia* para expresar que un hombre dejó de vivir.

JEROBOAM. Huido de muchacho á Egipto, por escapar á las iras de Salomón, Jeroboam no descuidó el trato continuo con sus paisanos, en quienes alimentó sin cesar el ansia de hacerse independientes del yugo de la casa ó dinastía de David. Viniéndole como anillo al dedo el estúpido proceder de Roboam, preséntase con el prestigio de sus persecuciones ante los descontentos, que en el acto le eligen por rey de las diez tribus.

Reedificó Jeroboam á Sicheim en el monte de Efraim, pero como era imposible que el antiguo y pobre altar de Sicheim compitiese con el espléndido templo de Jerusalén, pensando muy cuerda-mente, determinó Jeroboam hacer de su parte cuanto pudiese, porque los israelitas no tuvieran necesidad de subir á Jerusalén para ningún acto religioso, pues temía que estos viajecitos fueran ocasión de tornar á la obediencia de la casa de David.

Al efecto, hizo dos becerros de oro, sumamente lindos, y, poniendo uno en Bethel y otro en Dan, dijo al pueblo entusiasmado: *Harto habéis subido á Jerusalén: «he aquí tu dioses, oh Israel, que te hicieron subir de la tierra de Egipto.»*

Además de fabricar dioses-becerros, instituyó por sacerdotes á gentes tomadas del seno del pueblo, declaró fiestas, y, en una palabra, organizó á su manera el culto, el cual llama nefando y pecaminoso la *Biblia*, sin reparar que sucedía por haberlo determinado así Jehová, que á lo mejor, como se ve, hacía cada tontería, que más que Dios parece un bolonio,

Por estos ataques al culto de Jeroboam le su-

cedieron cosas estupendamente milagrosas. Estando un día celebrando al becerrito de Bethel, se le presentó un *varón de Dios* (ignoro la pinta que tendrían estos varones de Dios), y después de echarle una profecía horripilante, iba á tomar las de Villadiego, cuando el rey, estendiendo la mano, mandó prenderlo. Decir esto y romperse el altar, derramarse la ceniza y quedarse seca la mano del rey, fué cosa de un segundo. Cualquiera pensará que Jeroboam, en vista de semejante milagro, que probaba de una manera concluyente el ser de Dios el varón aquel, se arrepentiría y enmendaría. Nada de eso. Lo que hace es rogar bonitamente al susodicho varón de Dios que le restituya la mano á su estado natural, lo cual este ejecuta al punto con la mejor voluntad del mundo.

Todas estas tonterías acaban por quererse llevar el rey á comer al profeta, y éste negarse en redondo, porque tenía, dijo, orden de Jehová de no comer ni beber en aquella tierra de picaros, cuya ruina había venido á predecir.

Pero vivía en Bethel un viejo marrullero, á quien también llama profeta la *Santa Biblia*, sin duda porque el oficio abundaba, poco más ó menos como el de pinche de billar en nuestros tiempos, el cual viejo marrullero, así que le oyó contar este cuento á un su hijo, enalbardó el asno, y, pian piano, se fué tras el otro profeta de la horripilante profecía. Hallóle debajo de un alcornoque, árbol clásicamente bíblico, y le convidó á echar un bocado y un traguete. El buen profeta le dijo que no podía ser porque Jehová le había ordenado no comer ni beber en aquella tierra de perdidos. Compadre, contestó el profeta de Bethel, si no es más que eso, animate y vamos á cenar, que yo también soy del oficio, quiero decir, profeta como tú y vengo de parte de Jehová á levantarte esa prohibición, que te haría pasar esta noche con la tripa llena de aire.

A pasito de burra volvieron los dos profetas á Bethel y cenaron de largo, no sin oír el convidado airadas palabras de su huésped, á quien, á pesar de ser un rufián de la profecía, le inspiró Jehová de sobremesa para que anunciase al otro una muerte violenta, que, en efecto, le da un león en el camino, al poco de salir de Bethel, á donde le hubiera valido más no ir á profetizar nunca.

Lo más gracioso del caso, en este graciosísimo timo profético, es que el engañador, así que sabe que á su compañero le ha matado un león (que para prueba completa de andar Jehová en este negocio, no había destrozado el cuerpo del profeta, ni hecho el menor daño al borriquito que montaba), entra en arrepentimiento, y, cogiendo otro borriquito, se va á buscar el cadáver, que entierra con todos los honores debidos á su rango y categoría de tonto, ordenando á sus hijos que cuando él mismo se muriera le enterraran junto á tan desdichado profeta, como así se hizo.

Contado este cuento, al que no le encuentro el argumento, la *Biblia* dice que Jeroboam volvió á las suyas de pecar y hacer pecar á sus súbditos, por lo cual su dinastía, andando el tiempo, había de ser cortada y raída de sobre la haz de la tierra.

Cualquiera discurre, que con no haberla plantado, el buen Jehová se hubiese ahorrado cortarla; pero pedir lógica á la *Biblia* es pedir peras al olmo.

## LIV

Cualquiera discurre que, tras el anuncio de lo que le había de pasar á la pecadora dinastía de Jeroboam, fabricante al por mayor de dioses becerros, ó de becerros dioses, que tanto monta, debiera venir la catástrofe, irremediable como cosa resuelta por Jehová, que, á pesar de sus

veleidades y arrepentimientos, cuando decretaba algo, había de ser, por encima de la cabeza de... Iba á decir de Dios, pero como éste y el supradicho Jehová eran una misma cosa, diría una sandez, y no quiero decirla, porque no me gusta espigarle el campo que siegan á los mestizos. Diganlas ellos, y diga yo lo que sigue en la *Santa Biblia*, que comento, y cada cual hará aquello para qué ha nacido, con lo que la república de las letras no necesitaría elegir nuevo presidente, ahora que se le ha muerto el que tan dignamente venía siéndolo hacia cincuenta años, con desesperación y aburrimiento de reyes y de papas, los cuales y Víctor Hugo siempre anduvieron á la greña.

Pero, volviendo á mi cuento, digo á la *Biblia*, lo que sigue es una anecdotilla médico-monárquico-profética, sumamente instructiva, que para no quitarla el saborcillo teológico, que es el mejor que tiene, copiaré á la letra. Y dice así:

«*En aquel tiempo* (y usted perdone la manera de contar) *Abias, hijo de Jeroboam, cayó enfermo.* (¡Pobre chico!) *Y dijo Jeroboam á su mujer:* (vean ustedes caballeros, la llaneza con que trataban EN AQUEL TIEMPO los reyes á las reinas) *Levántate ahora* (que si lo dejas para luego es tarde) *y disfrazate porque no te conozcan que eres la mujer de Jeroboam* (pleonasma se llama esta figura, porque para que la conocieran no se había de disfrazar), *y vé á Silo, que allá está Ahias profeta, el que me dijo que había de ser rey sobre este pueblo. Y toma en tu mano diez panes, y turrónes* (¡Oh! respetable antigüedad del turrón. Ya me había yo barruntado que el turrón debía ser tan viejo como los conservadores, pero no que fuese conocido en aquel tiempo del señor Jeroboam), *y una botija de miel, y vé á él y que te declare lo que ha de ser de este mozo.* (De este Ahias profeta á uno de nuestros tres apóstoles famosos, no hallo de di-



ferencia el canto de una peseta, aparte los panes, los turrone, la miel, y la obligada intervención de Fernández Villaverde y García del Rivero, mucho nombre y poca cosa, en el motincilio de los barrios bajos.)

»Y la mujer de Jeroboam hizo lo así: y levantóse y fué á Silo (dado que no se dice fuera montada en el bíblico borriquillo, deduzco que hizo el viaje á pie, y quedo pasmado del *sans façon* con que viajaba, en aquel bendito tiempo, una reina, *pedibus andando*, disfrazada y cargadita con diez panes, unos turrone y una botija de miel), y vino á casa de Abia; y no podía ya ver Ahias, que sus ojos se habían obscurecido á causa de su vejez.

»Mas Jehová había dicho á Ahias: He aquí que la mujer de Jeroboam vendrá á consultarte por su hijo que está enfermo: así y así la has de responder (¡Como yo tuviera un Jehová que me dijera lo que había de responder en las consultas, maldito de mí si antes de un año no le había quitado la clientela á todos los médicos de Madrid, y hecho suficiente dinero para dar al traste con todo lo que me encocora, que el lector y yo sabemos bien lo que es.) Pues será que cuando ella viniere, vendrá disimulada. Y como Ahias oyó el sonido de sus pies cuando entraba por la puerta (que el profeta curandero se hubiera quedado ciego de vejez, no me choca: lo que me choca es que tuviera á sus años tan listo el oído), dijo: Entra, mujer de Jeroboam: ¿por qué te finges otra? empero que soy ENVIADO á ti con revelación dura. (Este enviado en boca de uno á quien van á buscar cae tan bien como en un Santo Cristo un par de pistolas.)

Vé y dí á Jeroboam. (¡Pobre reina! El marido la envía al profeta: el profeta la remite al marido.) Así dijo Jehová Dios de Israel: por cuanto yo te levanté de en medio del pueblo y te hice príncipe sobre mi pueblo Israel, y rompí el rei-

no de la casa de David (¡Vaya unas cosas buenas de que farfantea Jehová!), y te le entregué á ti, y tú no has sido como David mi siervo (como si dijera: mi mujer há malparido, tiempo perdido) que guardó mis mandamientos (¡que lo diga Uria!), y anduvo en pos de mi con todo su corazón, haciendo solamente lo que era derecho delante de mis ojos (¡y la peste con que fué castigado el empadronamiento!); antes hicisteis lo malo sobre todos los que han sido antes de ti, (¡buena mano la de Jehová para escoger reyes! ¡Pero buena!), que fuistes y te hicistes dioses ajenos y de fundición (¡esta, esta si que fué negra! ¡De fundición!) para enojarme, y á mi me echas tras tus espaldas (¡bonita posición, pero bonita!); por tanto, he aquí que yo talaré de Jeroboam todo meante á la pared (¡admira, lector, la limpieza y, sobre todo, el olorcillo de la imagen bíblica), así el guardado como el desamparado en Israel (¡eche usted justicia, y sobre todo misericordia!); y barreré la posteridad de la casa de Jeroboam, como es barrido el estiércol, hasta que sea acabada. (Lo del estiércol barrido es otra imagen más propia de un palafrenero que del Espíritu Santo. Debe haber aquí algún error de copia ó traducción.)

El que muriere de los de Jeroboam en la ciudad le comerán los perros (¡pobre difunto!); y el que muriere en el campo, comerlo han las aves del cielo. (Esta clase de difuntos salían gananciosos; pues mete más miedo, al parecer, que le coman á uno los perros que los cuervos después de muerto), porque Jehová lo ha dicho así (pues digo que no se quedó corto ni anduvo en remilgos Jehová al decir). Y tú levántate y vete á tu casa, que entrando tus pies en la ciudad morirá el mozo. (Digo que la mujer de Jeroboam debía querer al mozo poco más ó menos como le quiero yo, que no le he conocido, ni pienso conocerle

ya, por lo que después sucedió, que fué volver á la ciudad. De quererle, con no haber sido tonta, aún duraría el mozo, pues con no haber metido jamás el pie en la ciudad, le hacía inmortal: que Jehová no se habría de ir á desdecir de lo que dijo por boca de Ahías.)

Aún sigue la anécdota, pero á mí se me ha acabado la gana de comentarla, y digo, para terminar, que así que Ahías concluyó de ser vocero de Jehová, la mujer de Jeroboam se volvió á donde estaba su marido, á Tirsa: que así que ella entró en esta ciudad el mozo espichó: que los israelitas le enterraron, como era justo y razonable, pues con éste no rezaba la sentencia de los meantes á la pared, lo que me deja sospechar que mearía en campo raso: que así mismo le endecharon muy pulidamente, lo que debió saber muy bien al pobre mozo; y, finalmente, que hasta Jeroboam se murió, después de haber reinado veintidós años hecho un Pepe, con sus dioses becerros, *sus sodomíticos en la tierra*, sus varones de Dios que le secaban la mano con que mandaba prenderlos, y su profeta silonita que tan buenas noticias le enviaba por medio de una reina andariega y fortachona, porque para tirarse á pie el camino de Silo á Tirsa y vuelta, cargada con diez panes, turrónes y una botija de miel á la ida, paréceme que dicha reina no debía de ser de alfeñique, ni padecer de callos ni juanetes.

## LV

Declaro honradamente que yo fui engendrado de mala madera monárquica y católica. De entrambas especies, bien pesadas, creo que no pusieron en mí peso de dos tomines y valor de dos maravedises. Por eso no extrañé jamás salir cantando de ruiñón, quiero decir, que no me acuerdo haber sido jamás realista, ni nunca haber ayudado á misa: que son dos cosas suma-

mente útiles para conservar derecho el espinazo y lustrosas las rodilleras de los pantalones. Pero con la misma honradez declaro también que, si hubiera nacido monárquico-católico, muy pronto habría perdido la afición, al estudiar la historia de los *reyes godos*, que trató de enseñarme cierto exdómine, que el diablo ha muchos años debe tener á ración diaria de palmetazos y estirones de orejas si, como supongo, hay siquiera leves nociones de justicia retributiva en el infierno.

Porque aquel bárbaro (el dómine, se entiende), como había conseguido en veinte años aprenderse de memoria la lista de los reyes godos, desde Atilfo á D. Rodrigo, puntualizando los años de sus respectivas muertes, y las que de éstas fueron violentas, única cosa que constituía su conocimiento de la historia visigótica, había tomado á empeño furioso meter en veinte días en las molleras de sus discípulos semejante serie de necedades cronológicas y brutalidades morales; para lo cual, dado que había sido sargento instructor de reclutas antes que catedrático de inocentes criaturas, y siempre aficionado al aguardiente de caña, á los sermones de cuaresma y al refrancillo clericalesco de que la letra con sangre entra, comprenderá el lector amable que los tales reyes godos, después de hacerles pasar á nuestros abuelos las de Caín, nos hicieron á los nietos sudar tinta, bajo las disciplinas del mónstruo á que me refiero.

Yo que, gracias á Dios, ya que poco talento, tengo una memoria regularcilla (que, afortunadamente no me dejará olvidar las perrerías que me llevan hechas los mestizos, y las que aún me harán), fui de los que salieron mejor librados, y con todo y con eso, Suintila me costó tres pares de palmetazos que me tuvieron las manos hinchadas una semana, Chindasvinto un estirón de orejas que me hizo ver las estrellas á las once de